

FILMS

DE AMOR

AMOR DE PRINCESA



Núm.
31

25
CS

POLA NEGRI

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO III

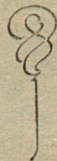
NÚM. 31

Amor de Princesa

Soberbia novela cinematográfica, en la que hace gala de su arte inimitable la genial y comentadísima actriz

POLA NEGRI

Por MANUEL NIETO GALÁN



REPARTO

La Princesa Amelia . . . **POLA NEGRI**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

De soberbia suntuosidad el palacio del Gran Duque de Catafia, elevábase orgulloso de su poderío y como consciente de la alta calidad de los personajes que albergaba en su interior.

Alrededor suyo, como una corona que pregonase su jerarquía, un hermoso jardín lucía sus galas más bellas. Las azucenas de blanco raso erguíanse lánguidamente como mujercitas de los tiempos de Luis XV, en trajes de baile, las camelias de color carnosos hacían pensar en tibias desnudeces, en grandes señoras indolentemente tendidas, mostrando los misterios de su piel de seda, las violetas, siempre coquetas, parecían jugar con sus admiradores, ocultándose ruborosas entre las plantas y todo el ambiente se hallaba saturado del embriagador perfume que

exhalaban las flores y que trascendían a los amplios salones del edificio señorial.

Cualquier transeunte que por vez primera cruzase por las doradas verjas del jardín, no hubiera titubeado en denominarlo "El Palacio de la Felicidad". Sin embargo, en su interior, entre sedas y oro, la más bella de todas las flores se mustiaba dolorosamente ante el peso de su gran dolor.

La princesa Amelia de Catafia se hallaba en toda la plenitud de su juventud, en esa preciosa edad en que la mujer anhela convertir sus sueños de rosa en realidad; y también nuestra princesa, como la de los cuentos de hadas, había tenido su sueño de oro. Su quimera había tomado cuerpo de hombre; pero la funesta realidad, las imperiosas exigencias de la política del Estado la habían obligado a entregar, sino su corazón, su nombre a un ser que despreciaba con la misma fuerza que amaba al otro.

Era éste Carlos de Fremins, hijo del primer ministro del Estado, con quien Amelia compartió los juegos de su infancia. Aquella amistad sincera, sin el más leve velo de impureza, fué transformándose, con el transcurso del tiempo, en el corazón de los jóvenes, hasta convertirse en una delirante pasión que los dominaba y que en vano procuraban fingir.

Una tarde se hallaba Amelia en el jardín,

el perfume de las flores enervaban sus sentidos, produciéndole un dulce letargo, que le obligaba a cerrar los ojos, mientras su pensamiento volaba, cual pajarillo que acaba de recobrar su libertad, a las fantásticas regiones del amor.

Era un atardecer de primavera. El sol antes de abandonar la tierra, enviaba de cuando en cuando sus últimos rayos de luz, como besos de despedidas y el jardín parecía un rico tapiz bordado de infinitos colores.

Carlos, a su lado, guardaba silencio, como temeroso de desacer el místico romanticismo de aquel crepúsculo embriagador.

Insensiblemente, como atraídos por una misma fuerza misteriosa, las manos de ambos se estrecharon con fuerza y roto el encanto Carlos pudo decir, al fin:

—¡Amelia, perdóname, pero necesito decirte que te amo con toda mi alma!

—¿Por qué quieres que te perdone? ¿Es acaso un pecado amarse?—repuso ella.

—¡No, no lo es cuando el amor va de igual a igual, pero entre tú y yo' media un abismo que jamás podrá desaparecer!—se lamentó tristemente Carlos. —¡Tú eres la Princesa de Catafia, mientras que mi único título es el de ser tu amigo de la niñez!

—¿Y qué importa eso, cuando se ama de verdad?—contestó Amelia—. Tu amor para mí es superior a todo cuanto existe y por él

sería capaz de abandonarlo todo... ¡Te quiero Carlos... Te quiero también, como no se quiere ni a la propia vida...

Un beso sonó en el jardín, a la vez que el sol se escondía en el horizonte, como si sólo hubiese esperado este momento para presenciar la dicha de dos corazones, mientras que en la copa de un árbol una pareja de ruiseñores entonaban sus trinos como un himno a la juventud y al amor.

!! ACONTECIMIENTO !!

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

(La Primera de las Novelas Cinematográficas)

publicó en el presente mes la adaptación literaria de la famosa película

El Gaucho

Asunto de máximo interés, fe y amor.
Por el gran DOUGLAS FAIRBANKS

PRECIO
1'50 pts.

Pedidos a
Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

SEGUNDA PARTE

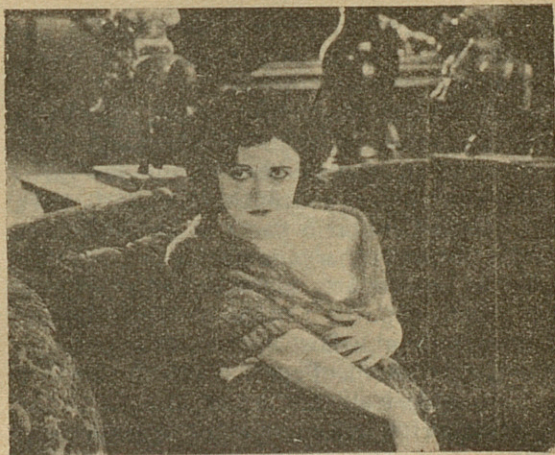
Durante varios meses Carlos y Amelia, ajenos a todo lo que no fuera la dicha de su amor, vivían felices entregados por completo a aquel idilio romántico que absorbía sus vidas por completo.

Ana, la vieja sirvienta que había visto nacer a la princesita no tardó en conocer aquellos amores y conociendo el carácter adusto de su señor el Gran Duque, temió por la felicidad de su amita y le dijo:

—Me parece, Amelia que sueñas con un imposible.

—No sé lo que quieres decir—respondió la joven, pretendiendo engañarla.

—De sobra lo sabes, pero, no obstante, te lo diré, para que veas que estoy enterada de todo—le contestó la anciana—. Desde hace algún tiempo, tú y Carlos, que nunca os habíais alejado de mí, procuráis libraros de mi presencia. Esto no tiene más que una explicación, y es que os amáis.



Entre sedas y oro, se mustiaba lánguidamente.

Amelia no pudo fingir por más tiempo y, echando los brazos al cuello de la vieja criada, exclamó:

—Sí, Ana, Carlos y yo nos amamos con locura. A ti se te puede decir, porque no nos descubrirás, ¿verdad?

—Bien segura puedes estar de ello. Ya sabes que desde que murió tu madre, mi único cariño eres tú; pero, por eso mismo, he de decirte que ese amor es una locura. Piensa en tu padre, si se llega a enterar, y no creo que tarde.

—No me importa. Por él, por Carlos, estoy decidida a sacrificarlo todo. Sin su amor, la vida me sería imposible...

—¡Pero qué loca, Dios mío!... ¡Cuántas tonterías estás diciendo! — la atajó Ana, pero antes de que pudiera seguir sus razonados consejos, la muchacha le tapó la boca con un beso y corrió hacia el jardín, donde estaría Carlos esperándola.

No se equivocó la vieja sirvienta al decir que pronto llegaría a oídos del Gran Duque la noticia de aquellos amores. El encargado de transmitirla fué Federico Rastin, hombre rastrero y desleal, que sentía hacia Fremins un odio mortal, por envidia al cargo que ocupaba.

Con su sonrisa de hipócrita, buscó la ocasión de estar a solas con el Gran Duque, y le dijo:

—Me complazco en dar la enhorabuena a Su Alteza por el próximo enlace de la princesa Amelia.

—Sin duda os han informado mal — respondió el Duque—. La princesa no ha sido todavía prometida.

—Perdonadme, Alteza. Mi indiscreción ha sido motivada por la lealtad y por el respetuoso cariño que os profeso.

Las palabras de Federico Rastin encerraban tal ironía, que el Gran Duque, sin poder contener su enojo, le preguntó:

—¿A qué indiscreción os referís, Rastin? ¡Vuestras palabras, parece que encierran un doble sentido, y os exijo que lo expliquéis!

—Nada de eso, señor, todo debe ser un infundio del populacho, que asegura que vuestra hija y Carlos Tremins pasean todas las tardes por el jardín.

—¡Mientes! — gritó el Gran Duque—. La princesa Amelia no puede olvidar la nobleza que ostenta, y menos aun admitir el amor del hijo de mi ministro.

—No obstante, si Su Alteza quiere vencerse, no tiene más que salir al jardín... tal vez verá lo que acabo de decirle.

Llevado por la vehemencia de su carácter impulsivo, el Gran Duque abandonó la estancia, pero al llegar a la contigua, vió a su hija hablando tranquilamente con Ana.

Era tan dura la expresión de su rostro, que las dos mujeres sintieron por un instante que un estremecimiento impedía todos sus movimientos.

Por fin, Amelia pudo recobrar la tranquilidad y, acercándose a su padre, le preguntó mimosa:

—¿Te encuentras mal, papá?

—No es nada — repuso éste secamente—. Es que he querido acompañar al señor Rastin, que quiere despedirse de ti antes de emprender un largo viaje.

De sobra sabía Rastin que las palabras

del Gran Duque significaban una expulsión inmediata e inclinándose ceremoniosamente, exclamó:

—En efecto, princesa, pienso partir inmediatamente, y antes he querido tener el honor de poderos ofrecer mis respetos.

Pasaron algunos días sin que ningún incidente viniera a turbar la feliz paz de los dos enamorados, hasta que una noche, al ir Amelia a despedirse de su padre, éste la detuvo, diciéndole:

—Espera un momento, que tengo necesidad de hablarte.

Sin saber por qué, un doloroso presentimiento se apoderó de la joven y continuó en pie frente a su padre, hasta que éste la obligó a sentarse y le dijo:

—Ya sabes que dentro de tres meses termina la paz provisional que hay firmada con la vecina nación de Franconia. El Gobierno de este país no está decidido a sostenerla por más tiempo, si no es con la condición de una alianza definitiva, o sea otorgando tu mano al príncipe heredero Demetrio.

—¡Eso es imposible! — protestó Amelia.

—No veo por qué—requirió su padre—. Comprendo que sea doloroso casarte con un hombre de quien no se conoce otra cosa que la vida licenciosa que hasta ahora ha llevado; pero más doloroso es todavía hundir a un pueblo en la miseria y en la muerte.

—Pero, ¿y la vida del príncipe Demetrio? Sus escándalos son conocidos de todos — insistió Amelia.

—Eso pasará. Su vida de casado le hará cambiar y tú recibirás la bendición de todos tus súbditos por haberles salvado de una guerra cruel.

Poco a poco, los razonamientos y consejos de su padre fueron convenciéndola y terminó por acceder a sus deseos.

Selección de BIBLIOTECA FILMS

Acaba de publicar la más grande novela que se ha adaptado a la pantalla

B E N - H U R

y que ha consagrado al joven actor

RAMON NOVARRO

50 cts.

Solicite ejemplares antes que se agoten a
BIBLIOTECA FILMS, Apart. 707. Barcelona

TERCERA PARTE

La capital de Catania ardía en fiestas. Todo el pueblo se había echado a la calle y no había lugar donde no se celebrase el casamiento de la princesa Amelia con el príncipe Demetrio.

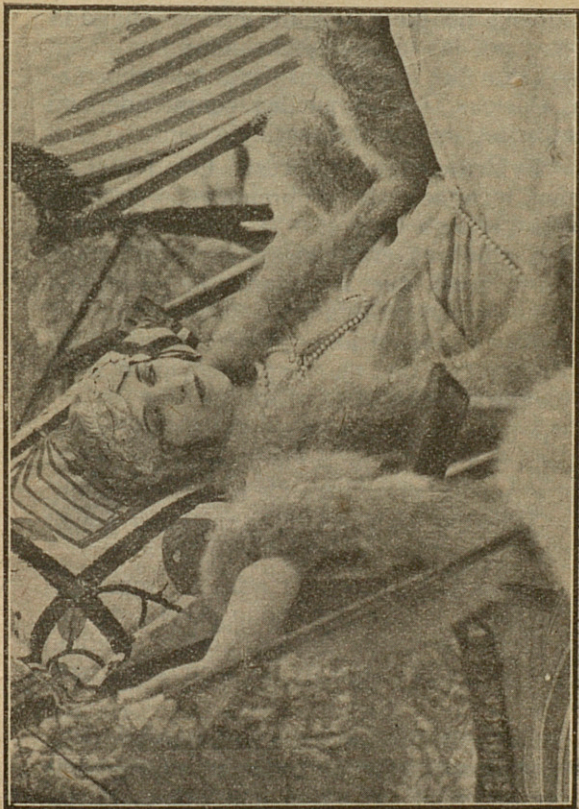
Unicamente Carlos, encerrado en una de las habitaciones del palacio, procuraba huir de la alegre fiesta que se estaba celebrando.

Desde la noche en que el Gran Duque obligara a su hija a prometerse con su actual esposo, no había podido hablar con Amelia, que rehuía su presencia.

De pronto se abrió la puerta de la habitación y apareció ella, como una ilusoria visión celestial.

Carlos, al verla, se levantó inmediatamente y haciendo una profunda reverencia, exclamó con fina ironía, dándole el título de su esposo:

—Aceptad, princesa de Franconia, mi más humilde enhorabuena.



Su pensamiento volaba a las fantásticas regiones del amor.

Amelia no pudo resistir más y, ahogada su voz por las lágrimas, exclamó:

—¿Por qué me das un título que aborrezco, Carlos? Tú no puedes comprender mi sacrificio... mi enorme sacrificio.

—Evidentemente, princesa. Los humildes somos incapaces de comprender las sublimidades—repuso Carlos.

Sus palabras eran duras, cortantes como un fino acero que al llegar a la joven, herían en lo más profundo de su corazón.

—No es eso, Carlos—volvió a decirle ella. —Comprendo que me desprecies; pero si yo te contara todo...

No tuvo tiempo de hacerlo, porque en el mismo instante se presentó el príncipe Demetrio y Amelia, presentándole a Carlos, le dijo:

—Príncipe, os presento a mi buen amigo Carlos Tremins, mi compañero de niñez.

—Encantado, señor Tremins — repuso el príncipe — y para daros una prueba de que siento por vos una gran simpatía, aceptad desde ahora el cargo de mi secretario particular.

—Muy agradecido a vuestra bondad, Alteza—contestó, haciendo una leve inclinación.

Desde aquel día, fué mucho mayor la tortura del pobre joven. Condenado a vivir casi constantemente al lado del hombre que le había robado su felicidad, sufría el tormento

de ver cómo era dueño del tesoro que tanto había ambicionado su alma.

Por otro lado, el príncipe parecía haber olvidado su pasada vida de placeres y orgías, y Amelia, sino amor, empezaba a sentir por él un vivo agradecimiento al pensar que ese cambio lo hacía por ella.

Jamás salía el príncipe sin ir acompañado de su esposa y Carlos tenía que sentir el sufrimiento cruel de los celos al ver cómo Demetrio prodigaba a Amelia las más tiernas caricias, sin preocuparse de que él estuviera o no delante.

Pero esta conducta ordenada del príncipe, duró únicamente lo que la ilusión de los primeros días; pasados éstos, volvió de nuevo a las andadas y las reuniones en los salones de palacio entre sus amigos y mujeres de todas las clases, empezaron a escandalizar y llegaron pronto a oídos de la princesa.

Carlos, obligado por el príncipe, tenía que asistir a muchas de aquellas orgías, de las que salía asqueado y Amelia, al saber que él también tomaba parte en ellas, sintió desgarrarse su corazón de dolor.

Sabía anteponer su orgullo ante todo, y esta misma dignidad la hizo que jamás le dirigiera el menor reproche a su esposo, a aquel hombre que había venido a robarle su dicha, para escarnecerla después; pero con Carlos, todo su orgullo cedía; ante él callaba

el cerebro y únicamente el amor hablaba y por lo mismo una noche, mientras el príncipe se entregaba tal vez a una de sus fáciles aventuras, Amelia y Carlos se hallaban en la terraza del palacio, y ésta le decía:

—Veo, querido amigo, que la vida de palacio os es más grata de lo que parecía. No podéis imaginaros lo que me satisface que hayáis llegado a ser tan buen amigo de mi esposo.

—En efecto, Su Alteza me distingue con su afecto y le estoy reconociéndisimo—contestó Carlos.

—Ya lo he visto. Según me han dicho, sois de los que le acompañan en sus fiestas.

—Un favor más que tengo que agradecerle a su bondad—volvió a decirle Carlos.

—Entonces, ¿habéis olvidado por completo aquella pasión que decíais que sentíais por mí?—le preguntó la princesa, sin poder fingir por más tiempo.

—Nada ha muerto en mí, señora; pero es inútil que una hormiga, como yo, quiera elevarse hasta la altura que puede escalar un águila orgullosa de su estirpe. Por lo mismo, mi único afán es procurar olvidar, si es cierto que el olvido existe, puesto que voy creyendo que es una de las tantas fantasías que el hombre inventa.

—Si eso es cierto, ¿por qué huyes de mí, Carlos?—exclamó Amelia sin poderse con-

tener—. ¿Si verdaderamente me amas, como yo a ti, como siempre te he amado, porque ni un solo momento mi corazón ha dejado de ser tuyo, por qué te entregas a esa vida licenciosa?

El dulce misterio de la noche envolvía a los dos enamorados y a la luz plateada de la luna que iluminaba sus rostros, Carlos sintió con más fuerza que nunca el ansia de besar aquellos labios que tan dulces palabras de amor sabían decir y atrayéndola hacia él le preguntó:

—¿Es de verdad, Amelia, que me amas?... Repítelo, y me harás el hombre más feliz de la tierra...

—Sí, Carlos — suspiró ella mirándole a los ojos — te quiero con toda mi alma... con toda mi vida, que es tuya...

Y embriagados por sus frases, por el perfume de las flores del jardín, por el aliento de uno y otro al besarse con infinita pasión, sus cuerpos se poseyeron y sus almas se unieron para toda la vida.

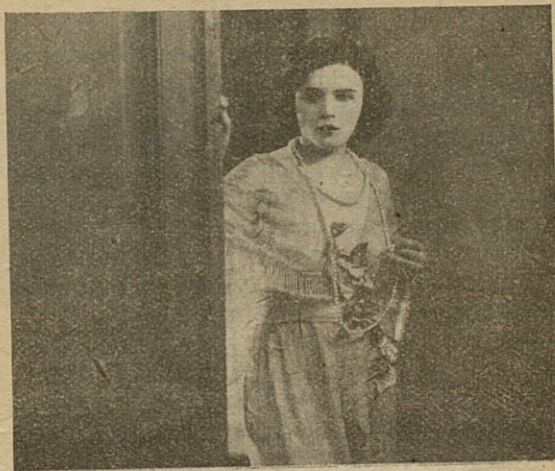
CUARTA PARTE

Hacia dos años que el Gran Duque había muerto, y el príncipe, una vez desaparecido el único freno que contenía sus libertades, se entregó por completo en brazos del vicio, sin acordarse para nada de su esposa, que en su desprecio había llegado a rechazarlo de sus habitaciones particulares.

Los días transcurrían sin que ninguno de los dos esposos se viesen, y únicamente solían reunirse cuando algún acto oficial los obligaba a ello. Eran, estos momentos, de indescriptible dolor para ella, su odio por aquel hombre había llegado a tal extremo, que su solo recuerdo la torturaba y la hacía estremecer.

En medio de su desgracia, su única dicha consistía en el amor de Carlos, quien para verse libre del príncipe, había rehusado su cargo de secretario y había ingresado como oficial de uno de los regimientos del país.

Su conducta infachable, el fiel cumplimien-



Se abrió la puerta de la habitación y apareció ella.

to de sus deberes militares y la caballeridad de sus sentimientos, le habían granjeado el cariño y la estimación de sus superiores y compañeros, que solían citarlo como ejemplo de militar pundonoroso.

Aquel voluntario alejamiento de palacio, lo alejaba también de Amelia; pero, sin embargo, uno y otro se amaban con verdadero frenesí y aprovechaban todas las ocasiones para hablarse y verse.

Era fiel confidente de estos amores Ana, la vieja sirvienta, que no cesaba de llorar la

desgracia de la princesa y temía ante la idea de que algún día pudieran descubrirse aquellos amores clandestinos.

—No temas, Ana—le decía Amelia, cuando ésta le hacía alguna reconvención—. El príncipe tiene otras “cosas” más importantes que yo en qué entretenerse para poderse enterar de nuestro amor.

—Sin embargo, estoy segura de que, tarde o temprano, todo se descubrirá, y no quiero pensar en el enojo del príncipe.

—¡Poco me importa! ¿Tengo yo acaso menos derecho que él a disfrutar mi dicha? Bien sabes que toda la culpa es suya. Jamás le hubiera faltado, si él no me hubiera dado el ejemplo con su conducta aborrecible.

—Pero él es el esposo y a ti te toca sufrir sus flaquezas y sus extravagancias.

—Pero no sus groserías, Ana. Piensa que su osadía ha llegado hasta el límite de lo intolerable. En el mismo palacio celebra sus orgías y a ellas trae sus mujeres, sus amigos, sin tener en cuenta el respeto que debe a este palacio.

La conversación terminaba siempre porque Amelia hacía lo que quería y la pobre Ana seguía siendo el vigilante incansable, que estaba siempre al acecho del menor incidente que pudiera poner en peligro a su amita.

Una noche, mientras el príncipe se hallaba entregado a una de sus francachelas, entró

un oficial de su escolta, que lo conocía desde pequeño, y le dijo:

—He de advertir a Su Alteza que, cumpliendo el encargo que me hizo, he visto entrar a un hombre en las habitaciones de vuestra esposa.

La embriaguez en que se hallaba, no le dejaba pensar con serenidad y alzando su copa, quiso escarnecer a los ojos de todos a la princesa, y brindó:

—A la salud del amante de la princesa de Cataña.

Los oficiales levantaron a su vez sus copas y únicamente los que permanecían adictos a la princesa permanecieron sentados en sus puestos, demostrando con su acción que no estaban conformes con el proceder de su señor.

Lo advirtió el príncipe y avanzó hacia ellos exclamando:

—¿Creéis acaso que os miento, imbéciles? Pues, vais a convenceros ahora mismo.

Yuniendo la acción a la palabra, se dirigió a las habitaciones de la princesa.

Ya había sido ésta avisada por Ana de la proximidad del príncipe y Carlos se había ocultado tras una cortina, a instancias de Amelia.

Sin denotar la menor intranquilidad, esperó a que su esposo hablara, y éste, después

de recorrer con la vista toda la habitación, exclamó:

—He venido con mis amigos para que nos hagáis el honor de presidir nuestra fiesta.

—Si pretendéis ofenderme ante los que tienen la obligación de rendirme sumisión y respeto, estáis equivocado, príncipe. De sobras sabéis que no asistiré a ninguna fiesta en la que vos toméis parte.

—Me extraña mucho que os ofendáis por presidir una de mis reuniones y, sin embargo, no tengáis en cuenta vuestro título de princesa para recibir en vuestras habitaciones a un hombre sin más título que el de ser vuestro amante — respondió el príncipe sonriendo irónicamente.

La conducta del príncipe, en aquella ocasión, no podía ser más reprochable. Pretendía a toda costa humillar el orgullo de la altiva princesa, y esperó confiado a que ella solicitara clemencia. Pero no fué así, sino que Amelia, expresando con su mirada todo el desprecio que sentía por su esposo, exclamó:

—¡De sobras sabéis que vuestras ofensas no pueden herirme en lo más mínimo, y respecto a la calumnia que acabáis de inventar, yo os demostraré lo injustificada que es!

—¡No es necesario, princesa! — exclamó, rojo de ira, Demetrio—. Me basto yo solo para convencerme de ello.

Y diciendo esto se acercó a la cortina tras la cual estaba Carlos y la separó violentamente, dejándole al descubierto.

Un grito de terror sonó en la sala, lanzado por Amelia, que comprendió que Carlos estaba perdido. Sin embargo, éste, demostrando una sangre fría y una serenidad asombrosa, permaneció erguido ante el príncipe, que le preguntó:

—¿Podríais explicar vuestra presencia en este lugar?

—¡No es necesario, puesto que vos mismo lo habéis explicado! — respondió tranquilamente el joven enamorado.

—¿Y sabéis cómo se suelen castigar estos actos?— volvió a preguntarle el príncipe, cada vez más irritado por la aparente tranquilidad de Carlos.

—Entre caballeros, sí — respondió Carlos—. Estoy dispuesto, siempre que Su Alteza lo desee, a darle la satisfacción que exija.

Todos sabían la habilidad del príncipe en el manejo de las armas. En varias ocasiones había dado pruebas de ello, y por lo mismo cuantos oyeron las palabras de Carlos, no dudaron que el joven pagaría con la vida su falta.

El príncipe Demetrio se le quedó mirando fijamente, como queriendo deleitarse en el sufrimiento de su víctima, y al fin contestó:

—Admirable. De esta forma, la fiesta terminará con un espectáculo imprevisto.

A una orden suya, uno de los oficiales ofreció su sable a Carlos y los dos rivales se pusieron en guardia.

Amelia presenciaba todo aquello con los ojos desencajados por el espanto. Comprendía que la vida de Carlos corría un serio peligro y una inmensa angustia la impedía pronunciar una sola palabra.

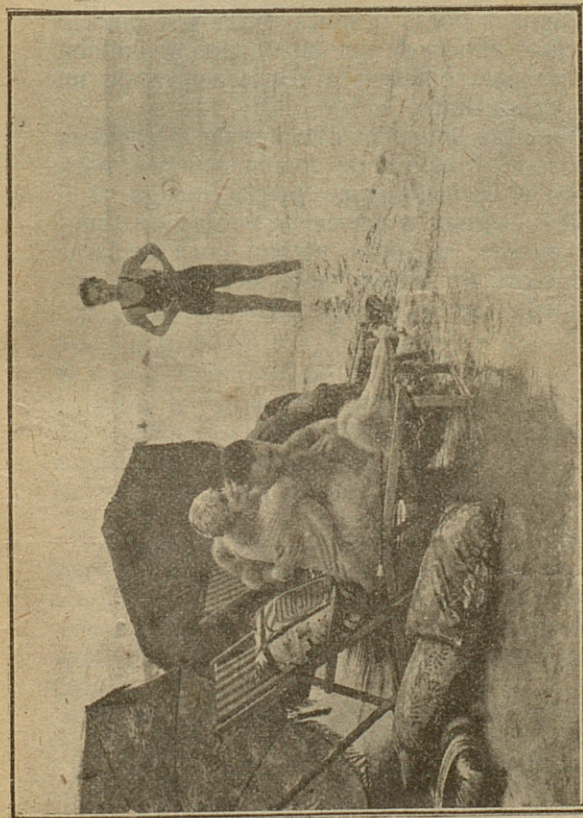
El príncipe adivinó, desde el primer instante, la inferioridad de su adversario y se divertía con él, con esa insana crueldad del poderoso ante el débil. Veía la facilidad con que podía vencerlo y lo acorralaba de un lado a otro, entre las risas y carcajadas de sus oficiales, que celebraban su destreza.

De pronto, un incidente imprevisto hizo que callaran repentinamente las risas de los presentes. La espada de Carlos había tocado al príncipe y éste cayó de bruces sobre la alfombra.

Un hilo de sangre enrojeció la seda de su guerrera y en la mirada del caído se adivinaba que la vida se le escapaba por momentos.

Con la premura del caso apareció el doctor de palacio, y después de reconocer minuciosamente al príncipe, exclamó:

—La Ciencia no puede hacer nada. La vida del príncipe se extingue por momentos y dentro de poco habrá dejado de existir.



Demetrio prodigaba a Amelia las más tiernas caricias.

Algunas horas después corría por palacio la triste noticia de que el príncipe se hallaba gravemente enfermo a consecuencia de un ataque cardíaco.

Mientras tanto, los oficiales de la princesa y los del príncipe, de común acuerdo, para evitar el escándalo que traería consigo, si el pueblo llegaba a conocer la verdad de aquella muerte, se juramentaban para declarar todos que Su Alteza había muerto de la enfermedad que el médico decía.

QUINTA PARTE

Pasaron los días de luto y la princesa Amelia, para olvidar aquella gran tragedia, se dedicó a viajar durante una temporada.

Desde la noche del desafío, Amelia se había negado rotundamente a recibir a Carlos, a pesar de la insistencia de éste, y el día de su marcha le escribió una carta que decía:

"Amigo Carlos: Es preciso que nos separemos. Tal vez cuando hayan pasado algunos meses, la terrible visión de aquella noche trágica, habrá desaparecido de mi imaginación y entonces podamos volver a ser felices.

"Piensa entretanto que no te olvida, tu

Amelia."

La decisión de la princesa había sumido en la desesperación al pobre Carlos. Los días transcurrían para él con esa parsimonia

desesperante del que espera un gran acontecimiento que ha de cambiar el curso de su vida; pero su amor era suficientemente fuerte para esperar resignado el retorno de la mujer adorada.

Su único consuelo, en aquellos días de dolorosa separación, eran los momentos que paseaba al lado de Ana, hablando de la princesa.

El silencio de ésta le hacía a veces dudar del amor de ella y le decía a la vieja sirvienta quejándose de aquél:

—Amelia no me ama, Ana. Su afecto por mí es un simple cariño amistoso.

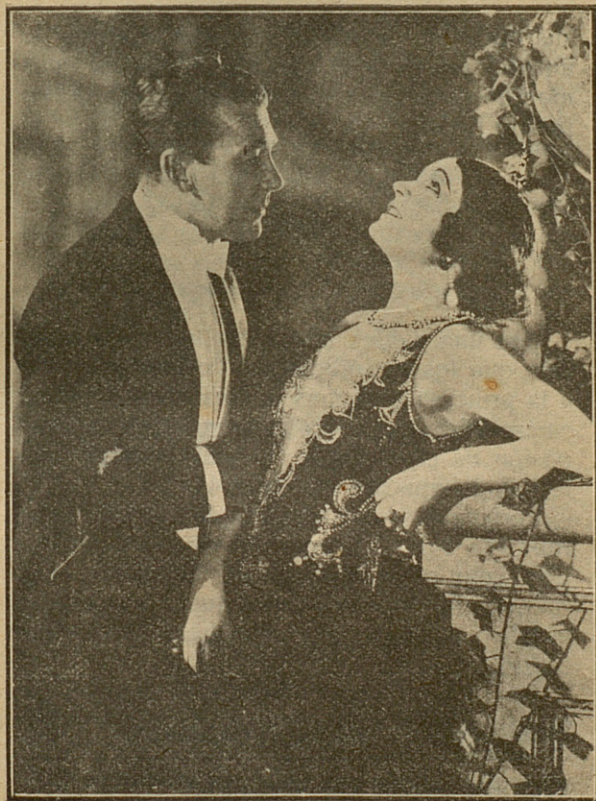
Nadie como ella sabía leer los pensamientos de la princesa y Ana, segura de que el corazón de su amita pertenecía por completo a Carlos, le respondía:

—No seas niño, Carlos. Hay que tener un poco de paciencia. Yo te aseguré que Ana no quiere a nadie más que a ti.

—Entonces, ¿por qué no me escribe? ¿A qué se debe este silencio suyo?—volvía a insistir Carlos.

—Porque ella quiere olvidar todo lo pasado. Volver aquí, sin que la menor sombra del drama se interponga entre vosotros—respondía la sirvienta, procurando tranquilizarlo.

De aquellas entrevistas salía Carlos con el ánimo completamente reconfortado. Todas



—Sí, Carlos, te quiero con toda mi alma.

sus dudas se disipaban ante las palabras de aquella mujer, y el corazón del joven enamorado se abría a la dulce esperanza de un pronto retorno.

Con una avidez febril leía todas las noticias que los periódicos publicaban referente a la princesa y en más de una ocasión pensó en escribirle, para suplicarle que tuviera compasión de él y cesase en aquel suplicio que le había impuesto con su voluntad.

Pero su deseo, la decisión de escribirle, duraba tan sólo el tiempo que su pensamiento. La razón se imponía a su impetuosidad y comprendía que sin aquella ausencia forzosa, la felicidad de su amor no hubiera podido ser completa.

Sus obligaciones militares le distraían un tanto y era tal su rectitud en el cumplimiento de sus servicios, que las atenciones de sus jefes y el afecto de sus compañeros se hizo más patente, mucho más cuanto todos los que conocían la verdadera muerte del príncipe, estaban seguros de que Carlos no tardaría en ocupar aquel puesto.

Esta también, a pesar de la agitación de su vida, corriendo de país en país, no podía abstraerse al recuerdo de Carlos. Era su amor demasiado grande para poder continuar por mucho tiempo aquella voluntaria separación que se había impuesto.

Y una tarde, en el mismo jardín en que por primera vez se habían jurado amor los dos amantes, que tanto habían sufrido, volvían a encontrarse para no separarse más.

FIN

PROXIMO NUMERO

La Campana de Alarma

Emotiva novela de un episodio de la guerra civil que sembró el odio entre el Norte y el Sur de los E. U., éxito de

Dolores Costello

Coleccione Ud. la Selección de FILMS DE AMOR

50 céntimos

TITULO	PROTAGONISTA
1 El templo de Venus	M. Philbin
3 Sacrificio	Fay Compton
4 Las garras de la duda	Leda Gis
5 Ruperto de Hentzau	Lew Cody
6 El tren de la muerte	Cayena
7 La esposa comprada	Alice Terry
8 El juramento de Lagardère	G. Jacquet
9 Buda, el Profeta de Asia	Himansu Rai
10 La princesa que amaba al amor ...	A. Manzini
11 La hija del Brigadier	Nora Gregor
12 La fiera del mar	J. Barrimore
13 La mujer que supo amar	Doris Kenyon
14 Fausto	E. Jannings
15 La que no sabía amar	A. Moreno
16 Una aventura de Luis Candelas ...	M. Soriano
17 Cuando los hombres aman	F. Dhelle
18 El caballero de la rosa	J. Catelain
19 Los cadetes del Czar	Irene Rich
20 Los amores de Manón	Dolores Costello
21 Valencia	M. Baldaicín
22 La tragedia del payaso	G. Ekman
23 El cuarto mandamiento	Mary Carr
24 Odette	F. Bertini
25 Flor del desierto	Vilna Banky
26 Titánic	G. O'Brien

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Biblioteca Films-Apartado 707, Barcelona

Los grandes éxitos de BIBLIOTECA FILMS

Las Grandes Novelas de la Pantalla

1.50 ptas. tomo

RESURRECCION	Rod la Roque
JAQUE A LA REINA	Charles Dullin
EL GAUCHO	D. Fairbanks
LA CABAÑA DEL TIO TOM ..	James B. Lowe

Selección de Biblioteca Films

50 cts. novela

BEN-HUR	Ramón Novarro
LA PEQUEÑA VENDEDORA ..	Mary Pickford
D. QUIJOTE DE LA MANCHA ..	C. Schonstrom
EL CIRCO	Charlot
NAPOLEON	A. Dieudonné
EL ESPEJO DE LA DICHA... ..	Lily Damita

Selección de Films de Amor

50 cts. novela

EL CUARTO MANDAMIENTO ..	Mary Carr
ODETTE	F. Fertini
TITANIC	George O'Brien
FLOR DEL DESIERTO	Ronald Colman

LAS MIL Y UNA NOCHES

(LOS CUENTOS ETERNOS)

30 cts. cuaderno

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS- Apdo. 707, Barcelona